

la sangre de los mártires es pues, un hecho siempre antiguo y siempre nuevo. Mañana buscaremos la razón de este fenómeno único en la historia.

19 DE MARZO.

Audiencia pontificia.—Celo de los cristianos de todos los tiempos.—Las jarras de sangre colocadas cerca de los "loculi" de las Catacumbas no son ni jarras lacrymatorias, ni jarras de perfumes, sino jarras de sangre.—Esta sangre es la de los mártires.—Carta de M. Raoul-Rochete.

Una segunda audiencia del Santo Padre suspendió la visita de las Catacumbas. El excelente Pontífice se dignó firmar con su mano las súplicas bastante numerosas que yo le presenté. Le pedí entre otras cosas, indulgencias para diferentes personas. Esto no quiere decir, como lo pretendía en otro tiempo cierto viajero favorecido con semejante privilegio, por medio del penitenciario de Francia, que él había "obtenido la remisión de sus pecados y de los pecados de su familia hasta la tercera generación! Cuando salí del Vaticano, vine á seguir en la Minerva el estudio de la bella cuestión comenzada ayer en las Catacumbas de San Valentin.

Hemos visto á los cristianos en pie delante de los caballetes de la antigua Roma, delante de las cruces del Japon, delante de los postes de la Cochinchina, recogiendo con empeño la sangre de sus hermanos. ¿De dónde viene que desafiaban así la muerte por tener la sangre de los mártires? 1. ¿Qué precio daban á esta sangre?

1 Se cita un gran número de ellos que fueron víctimas de su valor. Yo mencionaré solamente á las siete mujeres que seguían á San Blas al martirio; á una virgen llamada Paula, que por haber querido recoger la sangre de los jóvenes mártires Claudio, Hypacio, Pablo y Dionisio, mezcló su sangre á la de ellos.—"Comprehensa virgís coesa est et in ignem coniecta; sed liberata, demum et ipsa eodem loco ubi Lucillianus

¿Qué querían hacer de ella? Para explicar en los católicos de todas las edades y de todos los países, este valor sobrehumano, es necesario, so pena de locura, recurrir á la misma gracia que comunicaba á sus hermanos la fuerza para subir alegremente á los cadalsos, y á las hogueras, ó para bajar triunfantes á la arena.

¿Pero por qué gastar su intrepidez en reunir la sangre de las víctimas? ¿Esta sangre valía la muerte que era muchas veces el precio de ella? Sí, y más que la muerte. Los cristianos veían en los mártires y ven todavía y verán siempre los sucesores de la gran Víctima del Calvario, á los corredores del mundo, á los fundadores de la Iglesia, á sus sostenes eternos, su gloria incomunicable. 1 Además, lo que hay de más noble en el mártir es la sangre; la sangre, que es á la vez el signo del testimonio, la señal de la redención y la prenda del triunfo.

He ahí por qué el mundo entero está regado con ella; por qué Roma, futura metrópolis de la santidad, debió empaparse en ellas hasta en sus profundidades; por qué sus hijos sobre todo debieron mostrarse tan ardientes en recogerla, tan cuidadosos en conservarla. Gracias á su valor inteligente, Roma puede cantar hasta el último del mundo, su gloria incomparable. Madre de muchos millones de márti-

crucifixus fuerat decollata est. "Fue aprehendida la virgen y arrojada al fuego; pero habiéndose librado de él fue por fin degollada en el mismo lugar en que había sido crucificado Luciano."—Apud Bolland., (5 de Junio).

1 Sanguine numdata ut Ecclesia cepit. Sanguine succrevit, sanguine finis erit.

"Así como la iglesia fué limpiada con sangre, comenzó por la sangre y creció con la sangre, su fin será por la sangre."

X. "Gruter. in Polyant. novis. Tit. Martyr. Adimpleo ea quae desunt passionum Christi in carne mea. "Cumpló en mi carne aquellas cosas que faltan á la pasión de Cristo.—Coloss., I, 24. Plantaverunt Ecclesiam sanguine suo. "Fundaron la Iglesia con su sangre." "Brev. Rom. III noct., Com. Apost."

res, su fecundidad le da el primer lugar en la ternura del divino Esposo y le asegura un título no contestable á los supremos homenajes del universo; como señora de la verdad, puede sin temor pedir para su símbolo, revestido de tantas firmas sangrientas, la filial sumisión de la fe; porque la inteligencia más alta puede concederla sin debilidad, no puede negarla sin locura.

Así, después de la sangre del Señor, no hay sangre más preciosa que la de los mártires; tal es la primera razón que explica y justifica el heroico ardor de los cristianos para obtenerla. La bondad de Dios, respecto de los generosos atletas de su gloria, nos suministra otro: "Cualquiera, decía el Rey de los mártires, que me haya confesado delante de los hombres, le glorificaré delante de mi Padre y delante de los ángeles." 2 Y hé ahí que cumple magníficamente su promesa. Contra la costumbre de todos los pueblos, de los cuales unos conservaron con honor el

1 Ita una Roma mactandis Christi ovibus generale quasi macellum erat. In ea aut imperatores aut praefecti urbis perpetuam christianorum carnificinam exercebant. Nec usquam terrarum christianus sanguis uberius effusus est quam in una urbe Roma. "Era general en la plaza solo de Roma matar á las ovejas de Cristo. En ella ejercían los emperadores ó los prefectos de la ciudad una perpétua matanza. Nunca se derramó con más abundancia la sangre cristiana que en la ciudad de Roma."—Stapleton, "De Magnitudo Rom. Eccles., c. VI.—Terra ejus colorata est sanguine martyrum et contexta ossibus sanctorum. "Su tierra está colorada con la sangre de los mártires y tejida con huesos de los santos."—S. Brigit., lib. III.

Sancta es sanctorum pretioso sanguine, Roma. Nunc, núe justa meis reverentia competit anis, Nunc merito dicor venerabilis et caput orbis, sanctorum sanguine tincta.

"Oh Roma! eres santa, porque guardas la sangre de los santos. Ahora conviene que mi vida te tribute reverencia, ahora te llamo con razón venerable y cabeza del orbe..... estás teñida con la sangre de los santos."

PRUDENT, lib., II, contr. Symmach.

2 Luc, XII, 8.

cuerpo entero, otros el corazón, aquellos las cenizas; pero que ninguno conservó la sangre de los muertos, El, inspira á los cristianos recoger ante todo y conservar aparte, como la reliquia más preciosa, la sangre de los mártires. 1 Así han hecho los cristianos de todos los países, y de Roma en particular.

Esta sangre preciosa fué depositada en las pequeñas jarras de tierra ó de bronce colocadas en el exterior de los sepulcros. La prueba de esto está en que esas jarras la contienen y en que la muestran todavía algunas veces líquida y bermeja, las más veces adherida á las paredes intactas ó rotas. 2 Todas las dudas sobre este punto, se desvanecen ante los hechos.

Desde luego, cuando la sangre es bermeja, ¿cómo decir que no es sangre? Después, estando la sangre seca, ¿no hay un químico que no conozca el medio de volverla á su estado normal y que se asegure por su vista de que es sangre, y sangre humana? Se dice más hoy; se asegura que la ciencia puede distinguir si lo que se le presenta es sangre de hombre ó de mujer. Como quiera que sea, la experiencia se ha hecho no sé cuántas veces, sobre los residuos contenidos en nuestras jarras sepulcrales, y aun en las tintas rojizas que

1 Di niuna nazione, che io sappia, fu costume di serbare il sangue, fuori de' primi cristiani che usarono questa notabile distinzione a martiri per alta disposizione del cielo, perchè volendolo noi, dopo tanti secoli, ravvisar potessimo in esso il seme della cattolica cristiana religione, giusta il detto di Tertuliano: "Semen est sanguis," etc. "En ninguna nación que yo sepa hubo la costumbre de conservar la sangre, fuera de los primeros cristianos que usaron esta notable distinción hacia los mártires por alta disposición del cielo, porque queriendo nosotros, después de tantos siglos, instruirnos en la semilla de la religión católica cristiana, nos parece justo el dicho de Tertuliano: "La semilla es la sangre," etc.—Mazzolari, t. V, p. XI.

2 Véase á Boldetti, lib. I, c. XXVII y XXIX. —Hay también muchas jarras que tenían escrito: "Sa, sang." Sa, sanguis. Id., ibid., capítulo XXXVIII.

quedaban en las paredes de los fragmentos, y siempre ha dado por resultado sangre. Citaré solamente la experiencia hecha por un hombre colocado en las mejores condiciones para ser creído.

Leibnitz, protestante, filósofo y sabio de primer orden, encontrándose en Roma, tuvo ocasión de ver al célebre prelado Fabretti, guardián de las Catacumbas. Habiendo caído la conversacion sobre las jarras de sangre de los mártires, Fabretti dió un fragmento de ellas á Leibnitz, diciéndole que él podría reconocer en él señales de sangre. El sabio físico lo tomó y lo llevó. De vuelta á su casa se entrega al exámen más sério, y por disipar las dudas, somete el fragmento en cuestion á una experiencia, cuyos procedimientos refiere en estos términos: "He examinado atentamente el fragmento de la jarra de vidrio traído del cementerio de Calixto, teñido con un color rojizo, á fin de distinguir bien de qué naturaleza era este color, es decir, si como hablan hoy los médicos, pertenece al reino animal ó al reino mineral. Me ha venido el pensamiento de emplear una solucion de sal amoniaco con agua comun, y de ensayar si por este medio pudiese desprender alguna cosa del vidrio y hacerla soluble. Al punto me dió resultado, y más allá de todas mis esperanzas. En consecuencia, he pensado con razon, que esta materia era más bien sanguínea que terrestre ó animal. Está en efecto, dotada de una gran propiedad corrosiva; hubiera penetrado durante largo espacio de tiempo más profundamente en el vidrio, y no hubiera cedido tan pronto á un simple lavatorio." 1

1 Frustum phialae vitreae ex coemeterio Calixti allatum rubidine tinctum examinavi non nihil, ut facilius discerni posset ejus ea generis esset, et utrum, ut physici hodie loquuntur, ex regno animali, an potius minerali esset profecta. Et venit mihi in mentem uti solutione salis ammoniaci, ut vocant, in aqua communi attentare,

¿Y ahora por qué los cristianos han depositado la sangre de los mártires en jarras fijadas en el exterior del sepulcro? Esto es evidentemente para acabar de cumplir las intenciones paternales del divino Maestro, y procurar á los mártires la gloria que les estaba anunciada desde esta vida: La jarra de sangre es un signo. Como un monumento auténtico de una gloriosa confesion, fué colocado exteriormente en el *loculus*, para designar al héroe de la fe en todas las generaciones que debian venir de los cuatro extremos del mundo, á visitar las maravillas de la Roma subterránea. Esta espera no ha sido infructuosa. Después de los piadosos fundadores y de los celosos habitantes de las catacumbas, la gran ciudad de los mártires ha visto sucesivamente á los pontífices, á los reyes, á los obispos, á los fieles de todos los siglos, prosternarse por millones ante esta sangre preciosa. ¿Quién dirá los homenajes de que estuvo y de que está rodeada, ya en la oscuridad de nuestras cryptas venerables, ya en plena luz, ya en los brillantes altares de nuestras basílicas? ¿quién dirá las lágrimas piadosas que hizo derramar, los nobles sentimientos que inspiró, en una palabra, la gloria que no ha cesado de procurar á los mártires cuya santa y augusta presencia señala?

En efecto, las actas primitivas de los mártires, los testimonios de los santos Padres, la historia de las excavaciones ejecutadas en las Catacumbas, es decir, la tradicion entera, en fin, la autoridad de la Iglesia, nos hacen conocer con evidencia la intencion de los primeros cristianos y

uti ejus ope aliquid e vitro separari atque elui posset. Id vero subito et supra spem successit. Indeque nata nobis merito suspicio esse sanguineam potius materiam quam terrestrem seu minerali quae, vi corrosiva praedita, tanto tempore altius in vitrum fortasse descendisset, nec lixivio tam subito cessisset, etc.—Apud Fabretti "Inscript, antig," c. VIII.

nos enseñan que la jarra de sangre colocada "cerca" de un "loculus" de la Roma subterránea fué siempre mirada como el signo indudable del martirio.

No emprenderé citar los hechos contenidos en las actas que cuentan con un candor tan tierno, los interrogatorios, la muerte y la sepultura de los héroes de la fe. Seria necesario para esto, repetir algunas de las enseñanzas ya dadas más arriba; seria necesario citar á Boldetti, desde el capítulo XXVI hasta el XXXIX del primer libro, es decir, ochenta y siete páginas in folio; seria necesario referir el número infinito de testimonios extendidos en las "Actas" publicadas por los Bolandistas; seria necesario transcribir las "Actas del martirio de San Cipriano," por Don Ruinart; las de los mártires de Ostia, por Maistre; las de Santa Cecilia por Laderchi y muchas otras. Por esto se puede juzgar si hay un punto de historia apoyado en mayor número de documentos dignos de fe. 1

En cuanto á los Padres de la Iglesia, vemos desde luego, poco tiempo después de las persecuciones, á San Hilario que decia en general: "En todas partes se ha recogido la sangre de los bienaventurados mártires, y sus huesos venerables presentan diariamente un testimonio de ello." 2 Después refiere los milagros que se operaban en los sepulcros de los mártires.

Prudencio que publicó sus poesías en el año 405 de nuestra era, admira el valor de los fieles en recoger la sangre de sus hermanos y dice positivamente que tenían por objeto dejar á la posteridad una prueba real y evidente de su martirio. Ya le hemos oído revelar esta intencion cele-

1 El P. Secchi, "Cartas sobre el martirio de San Sebastian."

2 Sanctus ubique beatorum martyrum sanguis exceptus est, et veneranda ossa quotidie testimonio sunt. "Contr. Const. Imp., c. VIII, t. II, 567.

brando el triunfo de San Hipólito; Escuchemos lo que dice en el himno de San Vicente: "Mirad acudir de la ciudad á la multitud de fieles; se empeñan en estar al rededor de aquel cuerpo desgarrado; unos le extienden en una capa de suave yerba; otros cierran las heridas desangrándose. La mayor parte de ellos, humedecen lienzos con la sangre que se ha derramado ó que gotea todavía, quieren conservarla consigo como una fuente de gracia y de virtud para sus hijos. 1

San Agustín que refiere el mismo hecho es todavía más explícito: "Se ve en seguida á la multitud de los asistentes que se empeñan en permanecer alrededor del cuerpo lacerado; y cubren de besos sus llagas, que examinan con compasion, y recogen la sangre con lienzos, "reliquia para la posteridad," venerable y tutelar." 2

Después de San Agustín vienen San Ambrosio y San Gaudencio, obispo de Brescia. El primero, hablando del feliz descubrimiento del sepulcro y de los restos mortales de los dos santos mártires Vidal y Agrícola, se expresa así: "Hemos encontrado allí la sangre derramada por la fe, ó más bien la sangre de sus triunfos." 3 Luego, cuando va descubrir los cuerpos

1 Coire toto ex oppido
Turbam fidelem cerneret,
Mollire praefultum torum,
Sicare cruda vulnera
Ille unguarum duplices
Sulcos pererrat osculis;
Hic purpurantem corporis
Gaudet cruorem lambere.
Plerique vestem linteam
Stillante tinguunt sanguine,
Testamen ut sacrum suis
Domi reservent posteris.

Peristeph., hymn. V, 333.

2 Videres circumstantium frequentiam sancti vestigia certatim deosculando prolambere, vulnera totius laceri corporis pia curiositate palpate, sanguinem tinteis excipere sacra veneratione posteris profuturum.—Apud Ruinart.

3 Collegimus sanguinem triumphalem. "Exhort. ad Virg."

de los santos Gervasio y Protasio, afirma igualmente que ha encontrado la sangre signo de su martirio: "He encontrado todo lo que se podía esperar en tal descubrimiento, los esqueletos enteros y mucha sangre." ¹

Pero á fin de que nos sea demostrado claramente que esta sangre era la que fué recogida en su martirio, oigamos á San Gaudencio contemporáneo de este descubrimiento: "Tenemos á los bienaventurados mártires Gervasio, Protasio y Nazario que se han dignado revelar sus despojos mortales al santo sacerdote Ambrosio en la ciudad de Milan, hace pocos años. Poseemos su sangre recogida en una jarra; no preguntemos más, "porque tenemos la sangre que es el testimonio de su pasión." ²

Sería fácil multiplicar estos testimonios; pero vengamos á las excavaciones de las Catacumbas, á fin de demostrar por algunos hechos locales, que la jarra de sangre no puede ser más que el signo del martirio. Estas pequeñas jarras que anuncian muchas veces una pobreza extrema, de ninguna manera en armonía con el gasto de perfumes ó de sustancias balsámicas, se encuentran siempre selladas en la toba en el exterior del sepulcro. Además, solo se las ve en los "loculi" de los mártires.

La prueba de esto está, ¹ en que se las ha encontrado cerca de un gran número de sepulcros que pertenecen ciertamente á los mártires. Luego estas jarras de sangre tienen en todas partes la misma significación de otro modo no serían un signo. Así

¹ Inveni signa convenientia, ossa omnia integra et plurimum sanguinis. "Epist." lib. VII, "epist." LIV.

² Habemus Gervasium, Protasium atque Nazarium beatissimos martyres, qui se ante paucos annos apud urbem Mediolanensem sancto sacerdoti Ambrosio revelare dignati sunt. Quorum sanguinem tenemus gypso collectum, nihil amplius requirentes; tenemus enim sanguinem qui testis est passionis. "Ser. in Dedicat." Bas. SS. 40 "Martyr."

el cuerpo de San Primitivo, en cuya piedra sepulcral se lee esta inscripción: POST. MULTAS. ANGUSTIAS. FORTIS. SIMUS. MARTYR, fué encontrado con la jarra que contenía su preciosa sangre. El mismo hecho se ha reproducido en 1725, cuando bajo el altar mayor de la basílica de San Clemente, se descubrió el cuerpo de Flavio Clemente, hombre consular y mártir cristiano. La piedra sepulcral lleva el título de mártir y el interior del "loculus" encierra la redoma de su sangre. Otra inscripción antigua refiere igualmente que bajo el altar de San Alejo, en el Aventino, se conserva en una jarra la sangre del santo mártir Bonifacio. Habiéndose aparecido un ángel al santo obispo Sabino, para revelar el cuerpo de San Antonio mártir, le dió por indicio la jarra llena de sangre colocada cerca del generoso confesor. ²

No se acabaría, si se quisiesen referir todos los hechos del mismo género que suministra la historia de las Catacumbas. Terminemos agregando que pruebas escritas vienen á juntarse á estos hechos positivos. Los primeros cristianos pusieron algunas veces el cuidado, inútil entonces, pero para nosotros precioso, de inscribir en la mezcla con que estaban pegadas las jarras á la toba, la palabra SANGUIS, compendiada en SA y con un rasgo encima. Se escribía SA SATVRNII en vez de SANGVIS SATVRNI; ó más largo SANG, que no puede interpretarse sino por SANGUIS. ³ Si en ella se quisiera ver compendiada la palabra SANCTUS, se daría á conocer una

¹ Lupi "Epitaph. Ser. Martyr., XXXII.

² Cum capite abscisso urceum quoque ejus sanguine plenum in testimonium. "Cortáronle la cabeza y su sangre fué recogida en una jarra de sangre, testimonio del martirio."—S. Anton., pars. II, c. XIV, tit. 15.

³ Véase á Bosio, lib. III, c. XXV; Boldetti, lib. I, c. XXXIX; Mamachi, "Origin. et Antig.," etc., t. I, p. 462.

gran ignorancia de los monumentos cristianos más antiguos, que no juntan nunca este título con el nombre de los mártires.

La prueba está ² en que la jarra de sangre no se encuentra nunca en las galerías de las Catacumbas abiertas para la sepultura de los fieles posteriormente á las persecuciones. El observador más juicioso de la Roma subterránea, Boldetti, da en estos términos el resultado de su larga experiencia: "En 1716 exploré las Catacumbas de Santa Inés. Habiendo mandado comenzar los trabajos por mis sepulcros, se dió principio por muchas galerías llenas de tierra desde el suelo hasta la bóveda. Encontramos hasta doce loculi sobrepuestos, todos bien cerrados con ladrillos ó con tablas de mármol. Muchos tenían inscripciones griegas y latinas; pero en ninguno de estos sepulcros pude encontrar una jarra de sangre ó una palma, signos característicos del martirio.

"Fuí más lejos; á fin de asegurarme plenamente si aquella jarra de sangre no estaría encerrada en el interior de los loculi, lo que algunas veces sucede, le mandé abrir á mi vista en un solo día, cerca de cien de aquellos sepulcros y me fué imposible reconocer allí algún signo del martirio. Me aseguré con esto, de que aquella parte de las Catacumbas era posterior á las persecuciones y la historia vino á confirmar mi juicio. Ella me enseña que aquella parte del cementerio de Santa Inés data del reinado de Constantino y aun de una época inmediatamente posterior.

"De este hecho importante, de que fuí testigo ocular, saqué una conclusión evidente y del más alto interés. Si los primeros cristianos, que tocaban á las persecuciones, se abstuvieron tan escrupulosa-

¹ Come alcuna volta e succeduto ritrovarvela. —Esta excepción no hace más que poner en evidencia la regla constante de colocar el signo del martirio en el exterior del "loculus."

mente de señalar aquella multitud de sepulcros con la palma ó la jarra de sangre, como hubieran podido hacerlo tan fácilmente ¿no es esta una prueba perentoria de que los sepulcros acompañados de estos signos distintivos encierran los cuerpos de los generosos atletas que derramaron su sangre por Jesucristo y que alcanzaron en un glorioso combate la palma de la inmortalidad? Si tales signos no fuesen los emblemas del martirio, ¿de dónde viene que los cristianos no los hayan grabado en los sepulcros de sus amigos y de sus parientes? Contemporáneos de las persecuciones, hijos y hermanos de mártires, no eran menos religiosos que sus padres, con quienes habia vivido; ellos conocían perfectamente sus ritos y sus costumbres; además, la paz de que gozaban les permitía manifestar libremente los testimonios de su ternura, les hacia fáciles los medios. Han colocado en el sepulcro de sus muertos inscripciones, tablas de piedra y de mármol; ¿y hubieran dejado de acompañarlo con las jarras y las palmas de sangre si este doble signo no hubiera sido más que un testimonio de afecto y de reconocimiento? Y no lo han hecho; ¿qué deducir de aquí, sino que evidentemente la palma y la jarra de sangre eran á sus ojos los signos distintivos del martirio?" ¹

Después de las pruebas tan sólidas, después de tantos testimonios irrecusables ¿no sería necesario negar la evidencia para negarse á admitir, como mártires á los primeros cristianos cuyo sepulcro se distingue por este signo reservado? Están libres para entregarse á semejante ridículo ciertos hombres que tal vez nunca han visto sepulcros paganos, que no han estado en ocasión de estudiar las sepulturas griegas, etruscas, romanas, y mucho menos nuestras Catacumbas. En cuanto á

¹ Boldetti, lib. I, c. II, pág. 8.

los sabios verdaderamente dignos de este nombre, estarán siempre unánimes en reconocer que al proclamar la Iglesia la jarra de sangre como el signo indudable del martirio, es el órgano fiel de la razón, de la historia, de la ciencia, de la tradición constante de diez y ocho siglos. 1

Esto es lo que hizo, á ejemplo de tantos otros, el hombre más sabio y más modesto del siglo de Luis XIV, Mabillon. 2 Esto acababa de hacer algunas veces antes de nuestra permanencia en Roma, uno de nuestros honorables compatriotas, Mr. Raoul-Rochette, secretario perpétuo de la Academia de Bellas-Artes, miembro de la Academia de las Inscripciones, etc. Su carta, publicada despues en los periódicos de Francia y de Italia, hace muy grande honor á este célebre arqueólogo, porque da á conocer al mismo tiempo su lealtad, su amor por la verdad y su respeto á la autoridad de la Iglesia. 3

1 Véase más arriba el decreto de la santa sede, citado al hablar de la palma.—Véase también á Boldetti, lib. I, c. XXX, p. 145, y c. XXXI, p. 154.

2 Ejus medi ampullas sanguine tinctas martyrum sacrarum reliquiarum certissima indicia esse. "Las jarras teñidas con sangre son indicios ciertos de las sagradas reliquias de los mártires." "Epist. ad Euseb., 2" edit., 49.

3 Hé aquí esta carta dirigida al sabio P. Secchi, de la Compañía de Jesús:

Paris, Agosto 6 de 1841.

"Muy reverendo Padre:

"Acabo de recibir de una mano amiga vuestra "Disertacion de Arqueología cristiana" publicada con ocasion del descubrimiento del cuerpo de San Sabiniano mártir, y no puedo ménos que manifestaros el interes con que he leído esta nueva produccion de vuestra sábia pluma. Tengo por otra parte otro motivo para comunicaros esto que os parecería tal vez indiscrecion, si no tuviese por objeto más que tributar elogios á vuestro trabajo. La ocasion me suministra naturalmente el modo de reparar una falta que he cometido y que habeis justamente suscitado. Se trata de la jarra de vidrio en forma de lacrimatoria, fijada en el exterior del nicho sepulcral, y mirada en las Catacumbas cristianas como un signo indudable del martirio. Al contestar este punto de arqueología cristiana, confieso sin pena, que no habia yo pesadío suficientemente las

23 DE MARZO.

El martirio basta para la cañonizacion.—Vigilancia de las Catacumbas.—Extraccion de dos cuerpos de mártires en las Catacumbas de Santa Priscila.—Cuidado de las reliquias.—Santidad de las Catacumbas.—Número de los mártires de la Iglesia en general, de Roma en particular [nota].—Adios á las Catacumbas y á Roma.

Nos estaba reservada para hoy una grande alegría y yo diría de buena gana, un gran acontecimiento. Debiamos asistir á la extraccion de dos cuerpos de mártires en las Catacumbas. Antes de contar esta deliciosa circunstancia de nuestra peregrinacion en la Roma subterránea, conviene exponer la consecuencia que resulta de lo que hemos dicho precedentemente. Dos hechos han sido demostrados, la extrema solicitud de los soberanos Pontífice en tener las actas de los mártires, el celo pro-

circunstancias que acompañan ordinariamente á la insercion de la jarra en cuestion y que no pueden referirse á ninguna otra intencion más que á la de las jarras "de perfumes" depositadas en el seno del sepulcro y consiguientemente al interior del nicho, "loculus." Esta sola distincion apreciada como debia serlo, hubiera bastado para prevenir el engaño en que he caído; y los testimonios de la historia eclesiástica sobre la costumbre de los fieles, de recoger por todos los medios que estaban á su alcance; la sangre de los mártires, estos testimonios, á los cuales habeis agregado nuevas citas tan dignas de fe, hubieran debido disipar enteramente mis dudas.

"Ahora, reverendísimo Padre, no subsiste ya, despues de haber leído, ninguna de aquellas dudas en mi espíritu; el asentimiento que doy á vuestras ideas es completo y sin reserva; y sobre todo he tomado la pluma para dirigiros este deseo y esta reparacion de mi falta, más bien que para procuraros la vana satisfaccion de alabar el saber y la sagacidad que reinan en toda vuestra "Disertacion." Despues de esta declaracion que es seguramente muy espontánea por mi parte, aunque necesaria en algunas palabras p. 12, la he creído necesaria, me permitireis, reverendísimo Padre, que os diga que ya habia retirado una opinion que me habia dejado siempre grandes escrúpulos; porque he aquí como me he expresaba yo en la página 255 de la edicion original de mi "Cuadro de las Catacumbas" publicado en Paris en 1837: "Las jarras de vidrio pintado

digioso de los fieles en visitar á los confesores en sus prisiones, en acompañarles al suplicio y en recoger su sangre. ¿Qué conclusion debe sacarse de este doble hecho? En otros términos; ¿qué pasaba despues de la muerte de las víctimas? ¿qué autoridad mandaba colocar los signos del martirio, despues de su sepulcro? ¿Cómo sabemos que no hubo en esta colocacion ni fraude, ni engaño, y que la palma y la jarra de sangre bastan por sí solas, independientemente de todo milagro, para autorizar el culto religioso de los mártires? Responder con hechos á estas diferentes preguntas es revelar la admirable sabiduría de la Iglesia, tomándolos de los tesoros demasiado poco conocidos de nuestra venerable antigüedad.

Cuando los cristianos, testigos intrépidos del martirio de sus hermanos, habian recogido la sangre con lienzos y esponjas, la exprimian en pequeñas vasijas de vidrio, de tierra, ó de cualquiera otra materia

"están en el primer rango de los objetos de antigüedad cristiana que se han recogido en las "Catacumbas. Sin hablar de los de la forma llamada vulgarmente "lacrymatoria," que sirven segun opinion comun de los anticuarios romanos, para recoger la sangre de los mártires y "que han adquirido con este título, bajo el nombre de "ampolla di sangue," tan grande importancia religiosa, hay otras, etc."

"Yo enunciaba de este modo sin demostrarla, la costumbre á la cual se ha convenido en referir las jarras de que se trata, y por estos motivos me abstenia de hablar de ellas como de los otros objetos de antigüedad cristiana derivados más ó ménos directamente de una costumbre profana, con los cuales no tenia la menor relacion, la "ampolla di sangue," como objeto esencialmente sagrado. Tal era pues ya mi opinion; pero necesitaba estar y establecerse más sólidamente en mi interior, como lo está ahora gracias á vos, reverendísimo Padre, y más formalmente expresada por los otros, como lo hago también ahora dirigiéndoos esta declaracion, de la cual hareis reverendísimo Padre, el uso que juzgueis conveniente.

Dispensad, reverendo Padre, la libertad que me he tomado y os ruego recibais el homenaje de mi respeto.

RAOUL-ROCHETTE."

impermeable. Los monumentos primitivos van más léjos; nos los muestran llevando ellos mismos los restos mutilados de las víctimas y depositándolos con sus propias manos ó confiándolos á los sepultureros para que los depositaran en los "loculi" de las Catacumbas. Con el cuerpo del mártir llevaban la jarra de sangre, ó si habia muerto de una manera no sangrienta, el depósito auténtico de su martirio. No hay una galería de la Roma subterránea que no dé testimonio de este hecho mil y mil veces repetido. Sin embargo, ¿solo porque habian sido testigos de la muerte de su hermano, podian los cristianos, con su autoridad privada, poner en su sepulcro los signos del martirio? Seguramente que no; un acto de esta naturaleza entrañaba el culto religioso, porque era la canonizacion del difunto. 1 Ademas, el poder eclesiástico es el único competente en semejante materia. Antes de colocar la jarra de sangre junto al sepulcro, ó de grabar la palma en la piedra sepulcral, el poder eclesiástico podia y debia ser consultado. El que haya sido así, lo adivina el buen sentido antes de que los testimonios auténticos lo demuestren.

El celo de los obispos de Asia, de Africa, de Oriente y de Occidente por tener las "Actas de los Mártires," no es un misterio para nadie, de ello es testigo la "Historia de Eusebio," las "Cartas de las iglesias de Viena y de Smirna," la "Biografía de San Cipriano" escrita por su diácono Poncio. 2 Es permitido creer que este

1 Honor tributis martyribus in Ecclesia primitiva. . . . pars quedam religionis fuit, et quin cultum religiosum involverit nihil est dubitandum. "El honor tributado á los mártires en la Iglesia primitiva. . . . formó parte de la religion, y no hay duda que entrañó un culto religioso."—Bini, "Dissert." II, "de Sitter Encycl." c. LI, apud Bened. XIV, "de Beatif." c. III.

2 Testatur moribus jam receptum fuisse ut non solum nobilium, sed etiam plebeiorum martyria adnotarentur: "Ut cum majores nostri ple-